

Puerto pandemia: confesiones de adolescente.

Lizeth, estudiante de grado once
(Ibagué - Colombia)

“...Por eso, estimado señor, ame su soledad y soporte el sufrimiento que le causa, profiriendo su queja con acentos armoniosos [...] Soledad, grande, íntima soledad. Adentrarse en sí mismo, y, durante horas y horas, no encontrar a nadie...”

(Rilke. Cartas a un joven poeta)

Justo antes de que esta catástrofe ocurriera, solía ser una persona más optimista, una persona segura, decidida y echada para adelante, después de que a nivel mundial hubiese aislamiento preventivo (cuarentena) todo cambió. No me había dado cuenta de que habíamos pasado de las madrugadas, por dormir hasta tarde, charlas amenas en horas de descanso, por horas en la pantalla; sonrisas por amarguras, paz mental por un grave cuadro de estrés. Parece que esa era mi realidad, antes de esta reflexión.

En mi caso, la pandemia arrasó con todo, se llevó mis sueños, mi vida, mis metas a corto, mediano y largo plazo. Cambié totalmente... no sé cómo, ni por qué, pero ya mi frustración, mi estrés y mi malgenio no eran normales. Hacía lo posible para que absolutamente nadie se enterara, me guardaba mis palabras, mis preguntas, isimplemente no decía nada!...

Pasé por algo que, de verdad, no quería. No quería irme de donde era feliz, no quería marcharme de donde me había costado tanto trabajo encajar. Justo cuando la pandemia empezaba ser la noticia mundial, la ciudad de Ibagué se encontraba ya haciendo toques de queda los fines de semana y tomábamos las cosas como un juego; siempre hubo burlas y jamás, jamás, un pensamiento claro y verdadero de la gravedad del asunto. Mis últimos días, antes del señor COVID-19, los pasé de maravilla, tenía salud, me encontraba asistiendo a clases, me esforzaba por sacar mi último año adelante, pensaba terminar once, graduarme y decir “gracias Dios por permitirme lograrlo” tirar ese pinche gorro hasta lo más alto que pudiesen dar mis fuerzas, pensaba escribir las palabras de despedida, dejar una huella, que no olvidaran en este colegio a esa ingenua niña que por muchos años permaneció allí.

Como pueden ver, al parecer suele pasar que las cosas no son como uno las piensa... todo dio un gran giro. Justo dos días después de iniciarse la cuarentena viajé. Sí, viajé un 20 de marzo en las horas de la tarde. Fue tan, tan, tan fuerte para mí, llegar de viaje, ver a mamá y sentirme como una completa extraña en un lugar donde realmente era una extraña. Pensaba todo el tiempo en poder devolverme, esperaba con ansias ir de vuelta a donde estaba mi "hogar". Lastimosamente dos días después ya la pandemia era a nivel mundial. Me quedé anonadada y vacía.

No sabía qué hacer y me estancué, me estancué en pensar que todo estaba perdido, que no había nada que pudiese hacer por mí y por mi año escolar. Qué iluso pensamiento, qué irónico. Perdí tiempo valioso por darle entrada a vicios, malas costumbres, nuevos hábitos, groserías, patanería, ignorancia, demencia y lo peor de todo, callé. Perdí la oportunidad por estancarme y hacer de mi vaso de agua una tormenta. Y isí! Así seguí durante varios meses. Mi entusiasmo y amor por el colegio se perdió, no tenía comunicación, me aislé de todos y de todo lo que importaba... me enconché en mi caparazón y es tan dura esa coraza, que realmente duele, aunque a la vista del mundo exterior sólo sea una rebelde "sin causa".

¡Por Dios, mujer! era aislamiento preventivo... no aislarse de las cosas importantes, mi único deber era estudiar y aun así me pasé por la galleta todos los consejos, no tenía control, ni de mí, ni de mal humor, ni de mi ansiedad, no tenía control de mi estrés, perdí el timón de mi vida. Y jamás me tomé el tiempo para respirar y preguntarme ¿quién estaría a cargo?... ¿acaso en casa o en el colegio se habrán percatado de mi enconchamiento? ¿Soy la única con estas emociones encontradas? ¿Soy quizás un bicho raro?...

Estaba indagando por las aguas tormentosas, sin un salvavidas, sin un destino... iba contra las olas de mi propio destino. Iba a inundar mi propio barco con acciones que un capitán en sus cinco sentidos nunca haría. Al parecer, todos se enteraron de mi tormenta interna o eso era lo que quería, llamar la atención, decir: ¡Ey, aquí estoy sin estar!, no soy tan rebelde, sólo estoy confundida... Tal vez mi voz se ahogaba en mis escritos y no alcanzaba a ser escuchada o los adultos sólo interpretaron mal mis mensajes. Así de rara es la comunicación, no somos tan asertivos y por eso cada quien interpreta lo que considera para sí importante.

Ya no tenía el mando de mi barco, ya no era yo quien lo conducía, lo conducía mi ira, mis pensamientos y mi falta de comprensión y perdón. Intenté varias veces con todas mis fuerzas, tomar el timón de mi barco, volver y estar al mando, ser quien solía ser hace un par de años, lo intenté, lo intenté, pero olvidé observar detenidamente el faro, perdí mi horizonte y finalmente recaí, recaí entre la orilla de una hermosa isla. Bajé del barco y corrí inmediatamente pensando que esta

isla sería mi objetivo, pensando que quizás esta isla sería mi salvación, no fue así. Sin razón alguna topé con una de las peores, tope con la depresión, el estrés, el silencio y con la recriminación. Sin duda alguna me encontraba ubicada en el peor lugar del mundo sola y emocionalmente destruida... Por no escuchar y hacer conciencia a tiempo.

Pensarán que todo este galope de palabras en desorden no dicen nada, es por eso que como adolescente paso de mi explosión espontánea al silencio. Me he dado cuenta, por las respuestas que dieron los adolescentes de mi colegio, que son muchos los que han vivido ese galopar de emociones, de pensamientos. Muchos prefieren silenciar su voz, ausentarse de las clases, encerrarse en su cuarto, cuando les es posible, porque comparten un espacio reducido, entonces se encierran en su habitación interior, aceptando las recriminaciones, quizás justificadas de sus cuidadores, de sus maestros, de sus amigos que los tratan de ingratos, de pesados y antipáticos... y van llenando su maleta con esas palabras, con la indiferencia y asoman de vez en cuando la cabeza para ver si hay un viso de luz, para encontrar algo de seguridad y hasta se dicen así mismos que todo está bien, pero vuelven a encocharse, en una repetición de actitudes, como cuando no se tiene esperanza de que algo va a cambiar.

Un día escuché decir a una profesora que es algo así como una profecía que se cumple, cuando te repiten algo tantas veces, que terminas por creerlo: "¡Qué floja eres!" "...siempre tan incumplida..." "...no trabaja nunca..." "...es una..." todos esas palabras que parecen aferrarse más que las positivas. Nunca he entendido eso. Qué bueno que nos llenáramos de palabras de aliento y aprendiéramos a escuchar (nos) a entender que todos somos seres humanos y nos estamos necesitando en medio de tantas soledades.

No sé si mi confesión sirva de algo para alguno, pero el sólo hecho de saber que alguien me leerá (escuchará) eso ya es muy importante para mi alma juvenil. Soy sólo una adolescente que quiere seguir creyendo en la vida, en mí, en los "otros"... mi barco de sueños me espera y quiero el mejor puesto allí.

Siempre hay que tener en cuenta que si yo soy el propietario de esta vida, de este barco, no debo permitir que nada ni nadie me perturbe la tranquilidad porque después de topar con tantas islas y varias olas... Comprendí que ¡NUNCA! ¡JAMAS!, debí aislarme de mi TIMÓN Y DE MI PUERTO!